

Libertad y Educación

José Parada

Coloquémonos en la atalaya de nuestra visión real y objetiva sobre el hombre. Miremos con claridad y serenidad a ese hombre en quien los pensadores han visto un no se qué de misterioso. Precisamente porque Don Quijote lleno de ideales y nobleza y Sancho Panza, realista y fanfarrón, han asentado en el mismo dominio sus reales, de aquí que al contemplar la trayectoria del hombre en busca de la unidad de su yo, aparezca unas veces con la frente altiva y heroica, iluminada con un ideal, otras con la frente doblegada hasta sumirse en el fango.

No nos contentemos con ser meros espectadores, sino examinemos en nuestro laboratorio sicológico esas sus manifestaciones que riegan a la vida humana como la sangre al cuerpo. Y sus manifestaciones, aunque lleven el tinte de la indignidad, de la bajeza y de la desviación del camino que Dios señaló al hombre ¿pueden cambiarse radicalmente por la educación?

En caso de que la respuesta sea afirmativa, ¿cómo podremos educarlas? Las respuestas satisfactorias a estas dos importantes preguntas pretendiendo darlas en el presente trabajo, el cual exige que ponga los cimientos, es decir, los principios que han de sostener todo el armazón de las ideas. Por tanto, nada más obvio que trate de la libertad y tome una posición filosófica roqueña, distinguiendo y despreciando las posiciones arenosas.

Dos teorías muy generalizadas, activamente venenosas en la práctica y filosóficamente falsas consideradas en sí, pretenden explicar el dinamismo de nuestra voluntad. Son el Determinismo y el Indeterminismo exagerado.

Para el primero, los motivos actuantes y el estado psíquico conscientes o inconscientes del momento atan los cabos de la voluntad por todas partes; la voluntad es un motor absolutamente subordinado a las fuerzas de los motivos y al temperamento. Y el carácter considerado bajo el prisma de la educación, es inmutable.

Kant: el revolucionario de la inteligencia. Schopenhauer: el filósofo llorón. Spencer: el evolucionista, exponen bajo tres formas esta teoría.

Kant, confunde el fatalismo con el determinismo. Para explicar su teoría usa de estos puntos de vista "a priori": nosotros tomamos por elec-

ción propia nuestro carácter del mundo numenal. Al pasar al mundo del espacio y del tiempo, inexorable e irrevocablemente nuestro carácter y por consiguiente nuestra voluntad se vuelven mutables.

Schopenhauer, renueva la posición kantiana. En lugar de verla con el vestido apriorístico, kantiano, la ve ataviada con una mutabilidad podríamos decir únicamente "extrínseca." Aduce algunos argumentos faltos de lógica y que únicamente probarían que la mayor parte de la gente no ha emprendido la reforma de su carácter. Por ejemplo, cuando dice que si se pudiese cambiar el carácter, la mitad más vieja de la Humanidad sería más virtuosa que la joven, pero que no sucede así. Nada prueba esto positivamente en contra de la posibilidad de educarla.

Spencer admite la transformación del carácter durante un tiempo excesivamente largo. Para consuelo: unos 50.000 años. Posible teóricamente, pero prácticamente imposible.

El Indeterminismo exagerado considera la libertad de la voluntad como dirigida a querer sin causa ni motivo, posición verdaderamente utópica. Es verdad que admite la posibilidad de la educación de la voluntad. Basta un "fiat" de la voluntad, un simple querer sin que presuponga decisión y constancia. "Un fiat" propuesto de esta forma es la causa de funestos descalabros en la vida del joven, que ante la triste realidad, no tiene más que echarse al fatalismo. Nadie se enfrenta contra una montaña de olas enfurecidas, esperando se dobleguen como mansos corderitos con sólo decirles apártense.

La libertad moral, nuestra educación, constancia y lucha, ante ella cae ese "fiat" anémico. La libertad moral cuya consecución implica lucha tenaz contra los usurpadores de nuestro dominio y sabia estrategia.

Por otra parte nadie niega que no se emprende una obra ardua si no hay una afición hacia lo que se quiere realizar.

Hasta ahora, con las dos teorías anteriores, sólo oscuridad ha habido alrededor de la libertad humana. Preciso es dilucidar cuestión tan capital como la posición monumental de la filosofía perenne.

He aquí en trazos concizos la oposición verdadera: la voluntad del hombre es libre con libertad de indiferencia en sus actos deliberados o, lo que es lo mismo, el hombre tiene pleno dominio de sus actos. Puede hacer esto o no hacerlo, esto o lo otro, reunidos todos los prerequisites para obrar.

El problema de la educación de nuestra libertad desde las posiciones de la Filosofía Perenne, cambia por completo. La vista panorámica es la siguiente: La voluntad es solicitada por el bien y repelida por el mal, he aquí el influjo de los actos necesarios e indeliberados. A estos se asocia el torrente de emotividades, taras, impulsos, arranques generosos etc., brotados de la fuente inexhausta del temperamento, educación, ambiente, carácter... he aquí otros elementos limitadores de nuestra libertad. A pesar de todo, la libertad genuina del hombre, surge de la estructuración misma de la naturaleza de la voluntad: argumento metafísico; del mecanismo voluntario a la luz de la ciencia; argumento psicológico, y por último de la necesidad de un fundamento formal y sólido del orden ético: argumento moral.

Por no concebir bien esta cuestión puede tomarse la verdadera posición como un libertinaje. Por eso, la sana filosofía, y por supuesto la esco-

lástica, añade que el radio de acción de la libertad humana se encuentra cercado, definido por motivos y condiciones; y entonces el hombre no será un semidios kantiano engendro de la soberbia más refinada ni un devenir informe, como lo concibe el intedeterminismo absoluto.

Ahora sin temor a errar, podemos aseverar que nuestra posición es de un indeterminismo moderado, que no excluye, sino que admite el determinismo moderado; y como consecuencia evidente de ello, que la educación de la voluntad o la formación moral del hombre es la manifestación más enfática de la completa libertad y dignidad del hombre.

Por desgracia, la mayor parte de los hombres son esclavos, son servidores de sus propios súbditos. Conquistar este dominio que nos pertenece, es la empresa gloriosa confiada a la educación. Mas ¿cómo alcanzar el dominio de nosotros mismos o la educación de nuestra voluntad?

Hasta que el hombre no alcanza la verdadera libertad, no vivirá en paz, vivirá en continua zozobra. Ya la Sagrada Escritura, inspirada por Dios, el conocedor más profundo del hombre, nos dice: "Estado de guerra es la vida del hombre sobre la tierra".

Toda guerra tiene sus preparativos previos. Vamos a declarar la guerra porque nuestra voluntad señora de sus facultades está presa en su palacio. Conozcamos el campo enemigo —como preparativos— las circunstancias con sus ventajas y desventajas, y puestos en consejo de guerra señalemos las maniobras estratégicas que más eficazmente nos servirán para el triunfo.

Nuestra vida sicológica se puede reducir a tres elementos: ideas, estados afectivos y acciones, aunque se encuentren tejidos en una red enmarañada.

Por las ideas nuestro siquismo resulta que es como una bodega. Allí hay ideas viejas y nuevas, burdas y elegantes, malas y buenas.

En cambio las podemos alinear y evolucionar a nuestro antojo. Podemos dominarlas; ellas poco pueden sobre nosotros. Lo cual no quiere decir que no tengan alguna fuerza.

La experiencia constata tal impotencia, aportándonos un elemento vital y seguro a nuestro favor: la fuerza motora de la sensibilidad.

Algunos aficionados del futbol, a veces, aunque sepan que no les conviene jugar por cualquier causa, sin embargo no dejan de jugar.

En cierta ocasión oí decir a un hombre de unos 28 a 30 años: "No puedo tirar bien la bola por estos zapatos —eran los de dominguear— pero cuando toco la bola de futbol me emociono."

Así como estaba, siguió jugando.

La idea de que los zapatos se le podían estropear, no pudo ante la afición de jugar.

La patología suministra a nuestro favor más ejemplos. Para no alargarme tomaré uno sólo: M. Ribot, sicólogo francés, nos cuenta el caso de un enfermo incapaz de ejecutar el menor movimiento voluntario a pesar de tener una inteligencia despejada. Cierta vez iba en un coche que atropelló a una mujer. Movido a compasión fue el primero en saltar del coche a socorrerla.

La enseñanza que se desprende de la narración es clara: las ideas y los sentimientos de aquel enfermo se han enfrentado en un certamen. Las ideas al primer esfuerzo perdieron. No pudieron mover aquel a hacer un acto voluntario. Mientras tanto, el sentimiento esperaba. Se le presenta la ocasión ante aquel accidente y echa en cara a las ideas su impotencia haciendo posible con hechos lo que parecía prácticamente imposible. Con el sentimiento que despertó en él la mujer acardenalada, pudo hacer aquel acto voluntario de saltar del coche a prestarle su auxilio.

La misma dirección y sentido llevan las ideas que no han encontrado un sentimiento que las apoye, pero que si lo encontraran ejercerían su influjo.

Se le da un trabajo p. e.: de literatura, historia, etc., a un estudiante muy confiado del tiempo. Se le fija la fecha, un poco lejana. Pasan algunos días y el plazo se va acortando. En ocasiones recapacita sobre la inmediatez del plazo y se propone comenzar cuanto antes. De nada sirvió su propósito. Ya faltan unos pocos días. El regaño del profesor, el salir mal delante de los compañeros hace que el estudiante ponga una resolución de hierro en hacer el trabajo. Si es posible se sacrifica cueste lo que cueste por terminarlo. El amor propio tomó sobre sus hombros la idea de hacer el trabajo pronto, que contenía una responsabilidad delante del profesor. Esto no es un invento, sucede a menudo en la vida estudiantil que para muchos, es la vida comodona y despreocupada sin más prisa que ir pasando el tiempo.

¡Qué bien nos presenta la vida de un estudiante empapado en estas aspiraciones, Francisco Pimentel (humorista venezolano) en su poesía titulada "Ego Sum." En ella nos describe su vida de universitario:

"Soy bachiller graduado, y hasta cursé derecho
tres años, pero al cabo me faltaron los bríos:
Fue como el estudiante que envidiaba los ríos,
que, aunque siguen su curso, no abandonan su lecho.

Entre los sentimientos adquiridos y la idea, hay una grandísima diferencia en la potencia realizadora.

Basta comparar entre sí la acción de un socialista de bufete, que ataranta con su verborrea en pro de la reivindicación del obrero, y los heroicos sacrificios de un San Pedro Claver por los negros. El uno fabrica castillos en el aire, el otro siente compasión por la miseria de los pobres esclavos y se hace abogado de ellos hasta llegar al heroísmo.

San Pedro Claver adquirió aquellos sentimientos cristianos que lo lanzaron a hacerse todo para todos a fuerza de sacrificios.

Como pruebas las más palpables de la incapacidad de la idea para hacernos obrar, bastan éstas: Pero nosotros no nos contentamos con esto, sino que queremos cerciorarnos de la resistencia que unas ideas presentan a otros muy extraños entre sí en la realidad que representan.

Nos valdremos de las leyes de la asociación, según las cuales una nueva asociación de ideas puede romper el curso de un antiguo estado asociativo que nos domina. De donde se deduce la poca resistencia que ofrecen los complejos intelectuales y el dominio de nosotros en ellos; ya que podemos hacer el experimento, conforme a esas mismas leyes, sobre todo haciendo actos que suscitan las nuevas asociaciones.

Esto, sucede a menudo con el cine. Cuando un joven está preocupado por un examen se va al cine. Entra. La trama de la película le suscita otras ideas, los sueños de su vida. Entonces el examen no existe para él.

Los antiguos penitentes se adelantaron a los sicólogos modernos, que proponen estas leyes para desechar ideas morbosas, tomando sangrientas disciplinas en las tentaciones. El dolor corporal tenía para ellos más fuerza que las tentaciones. En un instante cambiaban aquellas ideas pecaminosas.

Según Pajot, ayuda mucho para desechar las ideas perturbadoras el movimiento, sobre todo, el movimiento constitutivo del lenguaje: hablar en alta voz y la ley de la memoria.

No hemos rebasado toda la realidad de la triste condición de la voluntad. Nos falta hablar de los efectos, cuyo dominio sólo hemos apuntado de paso en el estudio de las ideas. Factor importantísimo que merece tenerse en cuenta.

Si bien en el campo metafísico, la escolástica con la espléndida nitidez de sus términos, distingue con toda precisión, conocimiento y afecto, tendencia y sentimiento, no sucede así en los dominios de la Psicología Experimental.

Los sicólogos todavía no han quedado bien con la humanidad dando una definición satisfactoria del sentimiento y lo mismo de los afectos. Con todo, nos han puesto en la pista presentándolo como algo estrechamente vinculado al conocimiento y a la tendencia, destacándose de ambos en su peculiaridad. Lleva un elemento unificador: la proyección al objeto se hace visible con varios colores: de sanciones, placeres, dolor. Presupone la actividad, que se traduce en movimientos musculares exteriores, voz de alerta en la lucha de nuestro siquismo.

La fuerza del sentimiento se manifiesta por una gran riqueza de afectos: son las correntadas ardientes de ese volcán, que llamamos corazón, unas veces destructor por las consecuencias malas en nuestro siquismo, otras constructor de grandes hazañas según estén encauzados hacia el bien.

Con toda exactitud podemos afirmar que los estados afectivos son omnipotentes en cierto modo sobre nosotros y que nuestro poder directo sobre ellos es insignificante.

¿No nos lo atestigua el estudio experimental de los mismos en relación con las ideas y con nuestro siquismo?

Los sentimientos enérgicos llegan a poner sobre el ojo de nuestra apreciación esa lente tosca y gruesa que hace que las cosas se vean exorbitadas del orden de su realidad. Trastornos en la interpretación de las cosas hay en abundancia. Moliere en una graciosa humorada se burla de las ilusiones provocadas por el amor:

"La pale est au jasmin en blancheur comparable:

"La noire a faire peur: une brune adorable? (misantrope, II-V.)

Los sentimientos fuertes arrojan a los más débiles del campo de la conciencia. Aquí la comedia humana: los convencionalismos sociales, a veces, rayan en amaneramientos. Una vez quitado el sentimiento débil queda al vivo lo que menos se esperaba.

Ejemplo de ello es lo que sucede en muchos funerales.

Hay algunos, a excepción de las personas nobles en el dolor por sus sentimientos cristianos, que luego se contagian con el llanto por cierto amaestramiento, e incluso llegan a gritos estridentes por el ser querido. Pasa el funeral. El sentimiento aquel que apenas se había ahondado, desaparece ante los sentimientos fuertes de la codicia por la herencia. Desde este momento Don Fulano por quien lloró, desapareció de su corazón para siempre.

En contraste con el dinamismo de los sentimientos, está lo indemne de la inteligencia.

La inteligencia reina sin súbditos fieles; reina de consulta no de deliberación, decreta con sus juicios y raciocinios, muchos conformes con la verdad; sin embargo los sentimientos a veces llegan a falsificarlos.

Suficientemente nos hemos dado cuenta —con lo dicho hasta aquí de los sentimientos— que no podemos vivir sin sentimientos. Nos lo dicen nuestras voliciones: Siempre van precedidas de una onda, emotiva de una percepción afectiva del acto que se quiere realizar (Pajot).

Sacar heroicos y abnegados ciudadanos con una formación puramente instructiva sin poner hincapié en la verdadera educación de los sentimientos del hombre, equivale a “pedir peras al olmo”.

El Intelectualismo o una educación de sólo ideas inconexas con las vivencias de todo el hombre, tan generalizado en nuestras escuelas, se derrumba ante este hecho tan evidente.

¿Cuál es la causa más íntima de la tiranía de los estados afectivos?

Estamos convencidos de que la actividad de nuestro “yo” se traduce en movimientos musculares. Sin ellos no hay acción externa. Pues bien, un impulso procedente del exterior provoca en nosotros movimientos musculares de todos los matices según las impresiones. Estos a su vez provocan la inquietud fisiológica de nuestro organismo que no es más que la energía con que la naturaleza subvenciona los gastos de fuerza de los movimientos musculares. Además estas inquietudes fisiológicas son automáticas o casi absolutamente independientes de nuestra voluntad. Por esto es tan difícil el dominio de nosotros mismos.

Así a un hombre atacado de ira: el corazón le late con violencia, los ojos le brillan, le palidece la cara, se le crisan los puños, las funciones de nutrición sufren una sacudida. Aunque no quiera tiene esos movimientos.

Los estados afectivos dejados a sus ciegos impulsos serían más poderosos que nosotros, pero los dominaremos si les damos dirección y sentido.

No desesperemos porque esto suponga grandísimo esfuerzo: porque también tenemos una ventaja que no hemos tenido en cuenta: el tiempo. ¡Paciencia! ¡Mañana alcanzaremos la victoria! Ahora es tiempo de comenzar, mañana será tarde para ello. El tiempo hará que la inteligencia vaya recobrando su libertad. Ella, junto con el tiempo, arrojará del gobierno de nuestro ser de hombres libres esa dictadura de las pasiones. Los afectos, potencias ciegas, se dejarán conducir por la inteligencia clara y serena.

¿Cómo hacer esto? Lo decidirá la estrategia que pongamos para nuestra liberación. Ella tendrá por fin conectar nuestras ideas con los estados

afectivos de modo que cuando obremos pase sin interrupción esa corriente eléctrica de nuestros grandes ideales libertadores y nuestra vida se haga luz. No habrá ese enlace si el campo que media entre nuestras buenas ideas y los sentimientos está distanciado. Formémonos un ambiente propicio para ir juntando estos dos elementos de tanta importancia para nuestra vida sicológica.

Puede ambientarnos nuestra familia; y si se diera el caso de que no irradiara ese calor de la fortaleza de la voluntad, y esa brújula de los buenos principios no nos orientara, tratemos de formarla.

Escojamos a nuestros amigos. Tengamos trato con los hombres sabios, no en el sentido laico o de hombre que sólo brilla en las ciencias, sino en el sentido que los antiguos daban al sabio: un hombre que era completamente hombre: física, intelectual y moralmente. Lo decimos con una palabra, ese confidente de nuestras vidas es el "hombre de consejo". He aquí el panegírico que hace Carlyle de estos hombres: "Es imposible tratar con un hombre eximio, aunque sea un instante, sin reportar alguna ganancia. Es una fuente luminosa y dispensadora de vitalidad; y acercarnos a ella acrecienta nuestro bienestar. Es antorcha que disipa las tinieblas, no como lámpara artificial, sino como astro que dotado de la fuerza del creador, baña el universo con sus rayos. Es fuente de luz que lanza orientaciones y pensamientos originales, virilidad y heroísmo; irradiaciones que vigorizan las almas sometidas a su influjo".

Pero sucede que aunque estemos en un medio favorable para hacer germinar sentimientos nobles, nos vamos a encontrar con sentimientos que con capa de razonables nos propondrían una acción no buena. No nos dejemos engañar: son embaucadores. Razonemos entonces si conviene o no a nuestra naturaleza humana lo que esos deseos nos inspiran.

¿Pero de qué manera sabremos cuando nos vengan las sacudidas violentas de las pasiones, cuando nuestra alma parezca desfallecer? Como no sabemos cómo ni cuándo nos van a venir, estemos siempre activos, quizá estamos aburridos de decirlo y suena a algo estéril, pero tiene un gran significado que equivale al "age quod agis" de los antiguos.

A pesar de esto ¿persiste el enemigo sin dar pruebas de retroceder? No despreciemos jamás en la vida la ayuda grandísima de la religión: la doctrina de la gracia, el influjo de las Verdades Eternas cuando las recordamos, Jesucristo: el único que es todo corazón para los hombres.

¡Si seguimos todas estas tácticas estratégicas venceremos!